

atacadas sus fronteras por tres lados diferentes á un mismo tiempo; y despues de tantas pérdidas fué preciso poner en pie tres exércitos para impedir á los enemigos el penetrar en el corazon de la Francia, la qual se prometian repartir muy luego entre sí. La cautividad del rey puso el colmo á todos estos desastres, y los esfuerzos que se hicieron necesarios para romper sus cadenas, cuyo peso le era insoportable, añadieron la extincion de los recursos á los otros males del estado.

Semejantes desgracias, que se sucedieron las unas á las otras en pocos años, fueron producidas por un concurso de muchas causas, de las quales las siguientes son las principales. De parte del rey muy poca atencion en la eleccion de los empleados: una confianza demasiado grande en su madre Luisa de Saboya, duquesa de Angulema, que sacrificó freqüentes veces el interes del estado á sus pasiones y resentimientos: un denuedo demasiado ardiente y poco medido, y una liberalidad que no sabia proporcionar siempre sus dones al estado de las rentas y de las necesidades públicas. Por parte de los generales concurren demasiada precipitacion en las empresas, demasiado desprecio del enemigo, cuyos designios no se tomaban el trabajo de profundizar, ni de calcular sus fuerzas y recursos: un valor mal dirigido: inteligencias y zelos fatales para el buen éxito de sus operaciones: la perfidia de los aliados, que no siendo conducidos mas que por la mira de su propio interes, engañaban la buena fe del rey, y contraian empeños contrarios á los que con él habian tratado inmediatamente que obtenian lo que se habian propuesto: la traicion del condestable de Borbon que llevó al enemigo un talento que se habia extendido y hecho mas activo con el deseo de la venganza: el imperio que Luisa de Saboya tenia sobre el espíritu de su hijo, y el mal empleo que hizo muchas veces de los fondos necesarios para el mantenimiento de los exércitos: finalmente la felicidad de Carlos V. y el ascendiente que tuvo siempre su fortuna sobre la de su rival.

Francisco en medio de sus desgracias y de tantas razones para desconfiar de los hombres, no perdió jamas el carácter franco y generoso que le hacia tan amado de su corte y de su pueblo. Despues de la gloria el honor

era su ídolo; poseia los principios y virtudes de la antigua caballería: tenia tambien sus defectos, porque no se puede dar otro nombre, especialmente en un soberano, á aquellas ideas falsas de bravura y de punto de honor, que ponen la seguridad de las convenciones en la lealtad de los contratantes, y someten los mayores intereses al éxito de un cartel ó desafio. Pero quando la experiencia y las lecciones de la adversidad hubieron madurado su genio; quando se hizo en él ménos vivo el gusto de los placeres, y aprendió á conocer mejor á los hombres, empleó mas madurez, mas consecuencia en sus proyectos, y se aplicó á reparar con una administracion prudente las faltas cometidas en la edad de las flaquezas y de las pasiones. Entónces se vió renacer el órden con la vigilancia y la economía. Varias leyes apropiadas al genio de la nacion y á la naturaleza de las circunstancias reprimieron los abusos que no se habian podido remediar en los tiempos calamitosos de que se salia. Por afuera las empresas del enemigo hallaron una resistencia que las frustró: la fortuna, que siempre habia favorecido á Carlos V., comenzó á hacerle experimentar su inconstancia; y Francisco, que hallaba recursos inagotables en el zelo y amor de su pueblo, tuvo á lo ménos ántes de morir el consuelo de ver obscurecida la gloria de su rival, y de ver perder á sus armas la superioridad que habia alimentado tanto tiempo su orgullo. La política de Francisco, para obligar á Carlos á dividir sus fuerzas, le habia movido á hacer liga con Soliman II., emperador de los turcos, y esto se le graduó de un crimen, como si hubiese faltado á su religion, contrayendo alianza con un príncipe infiel. Pero él se mantenía generoso y constante en sus tratados, y al paso que los príncipes christianos le perseguian con furor, se le engañaba tambien cobardemente. Hallábase Francisco á los treinta y dos años de reynado, quando murió en 1547, en la edad de cincuenta y dos, acaso por no haber sido bastante moderado en el uso de los placeres. Dícese que descontento de los papas (á quienes no habia hallado de mejor fe que á los demas príncipes de su tiempo) pensó en mudar la religion en su reyno á exemplo de Henrique VIII., rey de Inglaterra; pero que le habia desviado de este pensamiento el con-

siderar los innumerables males que las innovaciones en el culto causaban entónces por todas partes donde se habían introducido. Si los demas soberanos hubiesen estado penetrados como él de esta juiciosa observacion, ¿ cuántos crímenes y desgracias no hubieran ahorrado á la humanidad (a)? El reynado de Francisco I. es la época de una mudanza mas útil en las costumbres de la nacion. La urbanidad que reynaba en la corte se comunicó de uno en otro á las demas clases de la sociedad; hizose mas dulce el comercio de la vida, y se conocieron los placeres de aquellas asambleas, en que siendo admitidos los dos sexos procuran agradarse mutuamente. La proteccion que el príncipe concedió á las letras y á los que las cultivaban, atraxo á Francia sabios distinguidos, excitó la emulacion de los entendimientos, y contribuyó á los progresos de las luces que empezaban á esparcirse en Francia. En el artículo tercero expondre mos lo que hizo en favor de las ciencias, y en el nono la conducta que tuvo con los protestantes que pretendian introducir su doctrina en el reyno.

Henrique II., hijo y sucesor de Francisco I., heredó su odio contra Carlos V. y el deseo que tenia de vengar en la casa de Austria todos los ultrajes recibidos de ella misma. Experimentó como su padre que la Italia no era el teatro mas favorable para las armas francesas, y que los laureles que allí se cogian siempre al principio de cada nueva expedicion que se intentaba, no tardaban en marchitarse. Pero fué mas feliz alejándose ménos de las fronteras, y haciendo combatir á sus tropas en un clima mas análogo al temperamento en que acostumbraban vivir. Apoderóse de las ciudades importantes de Metz, Toul y Verdun y de su rico territorio, dependencias antiguas del imperio frances. En vano hizo Carlos V. esfuerzos con un ejército de cien mil

(a) Ciertamente que es singular la idea del autor en querer hacer de esto un motivo de elogio; pues seria lo mismo que pretender que la profesion de la religion se ha de acomodar á las conveniencias temporales. Otros motivos mas gloriosos pudiera atribuirle, y no omitir que algunas veces tambien se dexó llevar Francisco de aquel zelo que sus compatriotas vituperan tanto en algunos de nuestros reyes. Dígalo aquella procesion que él mismo ordenó y presenció, despues de la qual fueron quemados seis luteranos del modo mas cruel, baxándolos con una máquina á las llamas, y volviéndolos á subir hasta que espiraron.

hombres para volver á entrar en posesion de ellas; pues las murallas de Metz, cuyo sitio no pudo acabar, fueron el término de sus prosperidades. El modo con que se vengó de esta afrenta en la ciudad de Terruena, la qual destruyó enteramente, fué una nueva mancha para su gloria. La renuncia de Carlos, que se siguió inmediatamente á este suceso, dió un nuevo enemigo á la Francia y un nuevo competidor á su rey en la persona de Felipe II. Este príncipe que no tenia el talento y la habilidad de su padre, aunque habia heredado sus vastos dominios, pretendia no obstante eclipsarle en la guerra igualmente que en la política; y si alguna cosa podia fomentar en su corazon esta lisongera esperanza, era seguramente la victoria que su ejército mandado por Manuel Filiberto, duque de Saboya, ganó á los franceses el año de 1557 debaxo de las murallas de san Quintin, cuya ciudad sitiaba: jornada no ménos funesta para estos que lo habían sido en otro tiempo las de Creci, de Poitiers, y de Acincourt. Pero muy luego la toma de Calais consoló á Henrique y á sus vasallos en la pérdida que acababan de experimentar; porque esta plaza poseida por los ingleses desde el año de 1347 era el único resto de los territorios antiguos, de que habían sido señores de la parte de acá del mar, y era siempre una puerta abierta por donde entraban quando querian sus ejércitos en Francia. Y así su conquista se miró como una de las mayores ventajas que habia ganado hacia mucho tiempo esta nacion á la mas formidable que la rodea. La paz de Cateau-Cambresis, concluida en 1559, terminó esta larga guerra, que duraba casi sin interrupcion desde la elevacion de Carlos V. al imperio; mas no terminó la rivalidad que habia nacido con esta ocasion entre los príncipes de la casa de Francia y los de la casa de Austria. Todavía veremos volver á revivir mas de una vez este fuego mal apagado, y causar nuevos incendios. Una de las condiciones del tratado era la de los dos matrimonios, el de Isabel, hija del rey, con Felipe II., y el de Margarita, su hermana, con el duque de Saboya, que recobraba por este medio sus estados. En medio de las fiestas celebradas con motivo de este segundo matrimonio halló Henrique II. la muerte; pues subsistiendo el gusto de los torneos, (resto de los ejercicios militares

introducido y apreciado por la caballería) quiso dar un espectáculo de este género en su corte, en donde reinaba la galantería y la magnificencia. Rompió una lanza con el conde de Mongomeri, y habiéndose despezado la de éste, hirió al rey en un ojo con una de sus astillas. Hizose peligrosa la herida que era profunda, y al cabo de once dias murió este príncipe desgraciado, no teniendo mas de quarenta años de edad, y doce de reinado. En este corto espacio de tiempo, aunque tuvo Henrique que sostener guerras, que por su importancia y conseqüencias merecian que aplicase toda su atención á ellas, no dexó de extenderla tambien á lo interior de su reyno, publicando leyes útiles contra la poligamia, contra las solteras y mugeres que abortan, &c. (a).

La muerte de este príncipe es una de las épocas mas desgraciadas de nuestra historia, y en este triste suceso empieza aquella larga cadena de calamidades que se extendió hasta el glorioso reinado de Henrique IV.; cuyos primeros años pertenecen tambien al funesto periodo que se abrió entónces. El horrible espectáculo que presenta á nuestra vista la historia de aquellos tiempos deplorables es el siguiente. Reyes menores cuya autoridad poco respetada era el juguete de todas las cabalas que se levantaban y suplantaban unas á otras sucesivamente: una regente criada con máximas extrangeras, y nacida con un genio y unas pasiones que la hacian incapaz de gobernar á los franceses, y acaso á ninguno otro pueblo: facciones ambiciosas y sanguinarias que se cubrian con el manto de la religion para caminar con pasos seguros á la dominación, su verdadero fin: una mezcla horrorosa de galantería, de supersticion y de crueldad, el carácter de una nacion naturalmente suave y llena de humanidad, desnaturalizado hasta el extremo de cometer á sangre fria las mas horrorosas atrocidades: una mitad de los príncipes, de los grandes y del pueblo armada para destruir la otra mitad: los sectarios de una nueva religion llama-

(a) Esta ley, que impone la pena de muerte á la soltera que abortase un feto muerto, sin haber manifestado ántes su preñez al magistrado, no es laudable, pues como observa un sabio autor moderno, se opone á la naturaleza, y por mantener las costumbres destruye la vergüenza y el pudor natural que tanto conviene conservar en las mugeres. Sin embargo subsiste todavía esta ley en Francia, aunque la ilustración de los magistrados suele modificarla en la práctica.

da reforma, que no conocian ni freno, ni leyes, ni humanidad, que levantaban en todas las provincias el estandarte de la rebelion, y daban por todas partes la señal y el exemplo de las muertes de que tambien ellos eran víctimas deplorables á su tiempo: el antiguo culto alterado por todo el reyno, y pronto á ceder á los esfuerzos de un millon de brazos que se reunian para trastornarle: el trono ensangrentado: el extrangero, el mas cruel enemigo del estado, avanzándose para apoderarse de él: los asesinos, los parricidas colmados de elogios y erigidos en héroes: los talentos que solo debian emplearse en defensa de la patria encarnizados por perderla: en una palabra toda la Francia inundada de sangre, cubierta de ruinas, y desbastada como una tierra enemiga por los mismos que le debian el ser. ¿Quién pudiera apartar la vista de este espectáculo, y ocultar á la posteridad su recuerdo por honor del nombre frances y de la misma humanidad? Pero á lo ménos diferirémos su relacion hasta el momento en que entablemos la de los estragos causados por las nuevas doctrinas que hallaron en Francia tantos partidarios, y con esto nos excusaremos el dolor de ocuparnos dos veces en objetos tan lamentables. Entónces volveremos á tomar el hilo de los sucesos que pasaron en Francia desde la exáltacion al trono de Francisco II. hasta el fin de este siglo.

Quando Carlos de Austria fué llamado al trono de España por el estado de demencia en que el dolor y el amor habian hecho caer á su madre Juana de Castilla, todo le prometia un reinado próspero y glorioso. El tierno afecto de los castellanos hácia la memoria de la reyna Isabel su abuela, disponia todos los corazones en su favor. Fernando su abuelo habia reunido tres coronas á la de Aragon, que era el patrimonio de sus padres: la de Granada por derecho de conquista: la de Nápoles ya por las armas, ya por la astucia; y la de Navarra por usurpacion (a). La política artificiosa de este soberano, que ja-

(a) El abate Ducreux sigue en esto el comun modo de hablar de sus paisanos; pero en realidad á Fernando el Católico no le faltaron razones poderosas y legítimas para invadir y conservar la Navarra. No recurriremos á la bula de Julio II., fundamento débil para quien no se precupe; y solamente observaremos que Navarra habia estado unida antiguamente con Aragon, de donde era Fernando legitimo soberano, y que á esta razon se llegaba el gran derecho que su muger Doña Germa-

mas se detuvo, como se tratase de sus intereses, habia llegado al cumplimiento de todos sus designios por un camino tanto mas seguro quanto nadie podia seguir en él. La administracion vigorosa y sabia de Ximenez de Cisneros habia mantenido el órden á pesar de las facciones que se agitaban para turbarlo, y habia preparado á los grandes para conocer la dependencia, y no poner en la clase de sus privilegios el derecho de despreciar la autoridad del soberano. Colon habia abierto el camino hácia un nuevo mundo, y Hernan Cortes todavía mas feliz estaba sometiendo á la corona de Castilla el mas vasto y mas rico imperio que habia en esta parte del globo. Sin embargo existia en la nacion un fondo de descontento y de opiniones que importaba mucho respetar. Felipe, padre de Cárlos, la habia agriado despreciando sus usos, chocando á cara descubierta con sus costumbres y preocupaciones, y distribuyendo todos los empleos honoríficos y lucrativos á la juventud flamenca que le habia seguido. Estas disposiciones exígian una gran prudencia de parte del nuevo monarca; pero carecia de experiencia, y los que le rodeaban le privaron de los recursos que hubiera hallado en la de Ximenez, haciéndole sospechoso á este hábil y virtuoso ministro, que murió en una especie de destierro (a).

Los primeros pasos de Cárlos anunciaron á los grandes y á los pueblos de España lo que debian esperar de este nuevo soberano; esto es, la destruccion de sus privilegios, la mudanza en la constitucion, que aniquilaria poco á poco la libertad, y un gobierno cuyos principios todos se encaminan á la autoridad absoluta. No tardaron en verificarse sus temores; pues en medio de las solemnidades y fiestas que acompañaron á la proclamacion de Cárlos, no se guardaron las formalidades antiguas, y se propuso la

ra de Fox pretendia tener á este reyno, por muerte de Gaston su hermano. Daba mayor fuerza á todos estos motivos la donacion que hizo la princesa Doña Blanca á los reyes de Castilla, quando el rey Don Juan de Aragon, su padre, la entregó en poder de Gaston y su hermana Doña Leonor, sus enemigos declarados, que intentaron darle muerte para asegurar la sucesion de Navarra. Aun con todas estas razones no las hubiera quizá hecho valer Fernando, si Juan de Albret, rey de Navarra, por su muger Catalina de Fox, no le hubiese negado el paso que le pidió para ir á atacar al rey de Francia.

(a) El cardenal no murió en una especie de destierro, sino pasando por la villa de Roa desde Aranda á recibir en Valladolid al príncipe Don Cárlos. Véase á Mariana año de 1517 y á otros varios.

voluntad del príncipe á las córtes, como la única que debian conocer en adelante. Levantáronse por todas partes reclamaciones y murmuraciones: quejáronse los grandes y los pueblos, pero no fueron escuchados: tomáronse las armas en muchas provincias, y se valieron del nombre de la débil Juana, que no se interesaba en nada, para cubrir la rebelion y darle una cabeza; y así los primeros tiempos de Cárlos fueron tempestuosos, y se vió obligado á empezar su reynado haciendo la guerra á sus vasallos. Pero esta rebelion, despues de haber causado alguna inquietud á los ministros de Cárlos, se aplacó por las medidas vigorosas que tomaron para contener sus consecuencias; habiendo costado la vida á sus principales cabezas. Los grandes, desunidos entre sí, y zelosos los unos de los otros, fueron los primeros que se sometieron, por no cerrarse el canal de las gracias y el camino de los honores. El pueblo no tardó en imitarlos, y los primeros perdieron la independencia que tanto amaban: el segundo una parte de sus privilegios. No se volvieron á convocar mas las córtes ó asambleas de la nacion sino para conceder subsidios al soberano, cuya quota arreglaba su voluntad sola arbitrariamente. Si en los principios de una administracion, que no podia dexar de parecer dura, hubo debates y resistencia; la prerogativa real, que se levantó cada día mas sobre las ruinas de la libertad, consiguió vencer todos los obstáculos que se oponian á su acrecentamiento, y disipadas las primeras borrascas, gobernó Cárlos la España con un poder absoluto, de modo que la nacion mas altiva habia llegado á ser la mas dócil quando Felipe II. tomó las riendas del gobierno.

Este príncipe imperioso, de un humor melancólico y de una política llena de astucia, no era ménos propenso que su padre á la dominacion, y aun gobernó todos sus estados con máximas mas duras y mas severas. Devoto hasta tocar en supersticion y debilidad, sabia alejar los escrúpulos, quando se trataba de mantener ó de extender su autoridad. Fué protector declarado del tribunal de la inquisicion, y autorizó sus procedimientos; pero habiendo querido su hermana Margarita, viuda del duque de Parma, (á quien habia hecho gobernadora de los Países Baxos) introducir este tribunal en las provincias de su gobierno en donde el Calvinismo habia hecho ya progresos, se su-

blevaron los pueblos, y fué preciso derramar torrentes de sangre para aplacar la rebelion. En medio de estas turbaciones se empezó á formar la república de Holanda. No contento Felipe con mandar á sus vasallos, empleó las sordas maniobras de su política y el oro que venia del nuevo mundo en turbar la paz de otras naciones. Habia casado con María, Reyna de Inglaterra, con el designio de juntar esta corona á todas las que ya tenia; y despues de la muerte de esta princesa, intentó lograr la mano de Isabel, su hermana y sucesora (a); pero su carácter, sus principios y su política no le hacian mas grato á la nueva Reyna, que al resto de la nacion. Experimentó, pues, una repulsa tanto mas sensible, quanto no se le dexó ignorar los motivos de ella, y á esto añadió Isabel otra cosa todavía mas propia para encender el resentimiento del monarca español, que fué dar socorros de hombres y dinero á los holandeses rebelados. Para vengarse de estas dos injurias armó Felipe la flota que los españoles llamaron *la invencible*, y que con efecto era la mas formidable que se habia visto en el Océano, pues llevaba veinte mil hombres y tres mil piezas de artillería. Mas este poderoso esfuerzo no llegó á su fin, habiendo dispersado la flota una tempestad horrible, y los demas navíos que se libertaron del furor de las olas y de los vientos, fueron apresados por los ingleses que tenia, á su cabeza á Drake, el primer marino que ha producido su isla.

Aunque la Francia habia dado á Felipe una esposa muy capaz de consolarle en los desdenes de Isabel, no trabajó con ménos animosidad en excitar en este reyno el fuego de la sedicion y de las discordias civiles, encendido por la ambicion de los Guisas, y el falso zelo de los Reformados. Se ha dicho que habia querido hacer excluir á Enrique IV. del trono por la fuerza y por las maquinaciones, á fin de colocarse él allí. Bien pudo haber tenido esta idea, pues las infelices circunstancias en que se hallaba el reyno, eran muy propias para darle esperanzas de que se verificase. Pero mal conocia la nacion, si creia que el estado de aturdimiento y de frenesí, en que habia caído, podia durar bastante tiempo para hacerle olvidar lo que debia á la

(a) El rey Don Felipe concertó muy luego casamiento con Isabel de Francia, y así se debe reputar por falso el intento que se le atribuye.

sangre de sus reyes. Quando llegaron á exhalar los furrores del fanatismo, quando la razon comenzó á entrar otra vez en sus derechos, quando este pueblo tan suave y tan humano volvió á su natural, se rasgó el velo que lo habia cegado; no vió en Felipe mas que un enemigo, y al contrario en el príncipe que perseguia, un héroe, un padre mas digno aun de reynar por sus virtudes, que por el derecho de su nacimiento. Felipe II. falleció el año de 1598, despues de haber concluido la paz de Vervins con aquel mismo Henrique IV., á quien habia intentado quitar la corona por tantos medios; habiéndose apoderado de la de Portugal en 1580. (a).

(a) El autor vuelve á dexarse llevar de su pasion contra Carlos, quando le pinta reynando en España casi con despotismo, y destruyendo los privilegios de la nacion y de los grandes, y atribuyendo á esto la guerra de las comunidades. No negamos que hay en este relato algun principio de verdad, pero la pasion está en los colores con que Ducreux lo refiere. No se propuso Carlos destruir enteramente los privilegios de los grandes, sino reprimírselos como era menester, pues inquietaban la autoridad Real con sus pretensiones y parcialidades, no solo en Castilla, sino tambien en Andalucía, Aragon, y otras partes; y este fué el dictámen del gran cardenal Cisneros. En quanto á la nacion, es cierto que veia con algun descontento la preponderancia que lograban los flamencos así en los empleos de autoridad, como en los de interes, sin tener conocimiento bastante de las leyes y usos del país; y que esto junto con otras cosas fué el pretexto de los Comuneros. Pero si se juzga con imparcialidad, no se puede extrañar que incurriese en este defecto un príncipe que habia pasado su juventud en aquellos países, y entraba como nuevo en España, y no debe de ningun modo obscurecer la gloria que justamente adquirió dando á esta monarquía tanto lustre, y á la autoridad Real, no una extension ilimitada, sino el vigor que era preciso para el bien mismo de la nacion. Tampoco es verdad que no se volbiesen á convocar las córtes sino para conceder subsidios al soberano; pues omitiendo otras muchas citaremos en los tres reynados sucesivos las córtes de Madrid de 1576, las de 1615 y las de 1621; en las cuales se trató de la despoblacion del reyno, de la sucesion de él, del establecimiento de seminarios, y otros puntos muy diferentes de los tributos.

No es ménos apasionado el juicio que estampa el autor de Felipe II, sin que sea nuestro ánimo defender todas las operaciones de este monarca, pero quisierámos que Ducreux se ciñera á referir, sin dar coloridos que desfiguran. Fué Felipe severo, pero no cruel: fué devoto algunas veces con indiscrecion, pero no hipócrita: se mezcló tal vez demasiado en las guerras ajenas, pero no con ánimo de turbar la paz: usó acaso de alguna rigidez con los enemigos de la fe, pero con el fin mas puro; y si empleó sus fuerzas para separar del trono frances á Enrique IV, entónces protestante, fué movido del propio zelo y de la misma Francia Católica que le buscó para este efecto. ¿Por qué el abate Ducreux no se dirige contra su nacion, que fué la autora de este proyecto, y sí contra Felipe II., que no hizo mas que condescender á sus instancias, y seguir su máxima de conservar en todo el mundo la verdadera fe? Pues cómo dixo Clemente VIII. en su oracion fúnebre al colegio de Cardenales: *solo Felipe II. ha gastado en desterrar los hereges de la Iglesia mas que todos los reyes christianos juntos.* ¿Por qué omitió sus grandes qualidades, su

No echarémos mas que una ojeada sobre la Inglaterra, porque los grandes acaecimientos de que esta famosa isla fué teatro, y las revoluciones pasmosas que allí se obraron en los tiempos de que tratamos, pertenecen á los asuntos de religion, y de consiguiente nos veremos precisados muy presto á volver á hablar de ellos. A principios de este siglo hallábase reynando en Inglaterra Enrique VII., príncipe cuyo carácter todavia hoy es un problema, habiendo alabado unos su sabiduría, hasta llamarle el Salomon de Inglaterra, y habiéndole pintado otros como un tirano, cuya avaricia insaciable no respetó ni las leyes de su país, ni las de la humanidad. Mas fácil es determinar la opinion que se debe tener de Enrique VIII., su hijo y sucesor; pues sus acciones no dexan duda alguna sobre el temple de su alma. Ningun rey de Inglaterra ha llevado nunca mas adelante la prerrogativa del trono, ni ha hecho ceder mas arbitrariamente á su voluntad y á sus caprichos aquella nacion tan zelosa de sus privilegios, y aquel parlamento tan fácil en concebir sospechas de las menores cosas que puedan alterar la libertad. Hizo todo lo que quiso y del modo que quiso: su tiranía tuvo un carácter particular de que no hay exemplo en la historia: afectaba siempre caminar á la sombra de las leyes, y lo mas asombroso es que los tribunales estaban constantemente dispuestos á servir á sus pasiones. Si queria cometer una injusticia, perder á un inocente, ó contentar un gusto pasajero, la ley precedia al crimen, y lo legitimaba. En los tiempos de la mas cruel opresion, y quando los Calígulas y los Cómodos admiraban la baxeza del senado romano que se habia visto el árbitro del mundo, no se habia envilecido este cuerpo con condescendencias tan indignas, como las que el parlamento de Inglaterra tuvo por agradar á este déspoto. Sus inconstancias, sus dispaciones, su codicia, sus venganzas, sus caprichos, sus inclinaciones que empezaban por arrebatos, y acababan en crueldades, todo se cubrió y se justificó con leyes solemnes, que muchas veces no tuvo siquiera el trabajo de dictar.

gran talento, su aplicacion infatigable, y su profundo conocimiento de los hombres? El historiador, que quiere observar fielmente las obligaciones de tal, no se ha de contentar con poner á la vista del lector los defectos, sino que debe presentarle tambien las virtudes.

Con un carácter tan violento y tan absoluto unió Enrique un corazon sensible á los estímulos del amor y á los encantos de la hermosura; pero era peligroso encender en su alma el fuego del deseo, y aun mas el participar de su lecho. Tuvo seis mugeres: Catalina de Aragon, repudiada; Ana Bolena, degollada en el suplicio; Juana Seymour, muerta de parto, y amenazada con la misma suerte; Ana de Cleves, repudiada; Catalina Howard, convencida de libertinage y ajusticiada; en fin Catalina de Part, teóloga, que disputaba con él sobre los puntos mas espinosos de la controversia, con quien quando murió empezaba á disgustarse, porque tenia razon muchas veces en las disputas. Esta fué únicamente la dichosa, porque quedó viuda. El testamento de Enrique añade un nuevo rasgo á lo que hemos dicho de su inconseqüencia y extravagancia. El parlamento por una acta autentica que se debe contar entre los monumentos de su baxeza, le habia hecho dueño de disponer á su arbitrio de la corona; y despues de Eduardo su hijo, príncipe de una salud débil, que no prometia larga vida, llamó á ella á María, hija de Catalina de Aragon, y despues á Isabel, tenida de Ana Bolena, á quienes habia hecho declarar bastardas, deshonorando á sus madres, á la una con un repudio ignominioso, y á la otra haciéndola perecer en un cadalso. En otra parte hablaremos del cisma funesto de que fué autor, y de los infinitos males en que su odio á Roma sumergió á la nacion que habia atormentado durante un reynado de treinta y ocho años.

No se sepultó la tiranía en el sepulcro de Enrique VIII.; pues en los tres reynados que sucedieron al suyo, se vió el mismo despotismo, las mismas vexaciones y algunas catástrofes todavia mas trágicas. En estos tiempos atroces se empleaba mas á los verdugos que á los exércitos, y se derramaba mas sangre en las plazas destinadas para las justicias públicas, que en los campos de batalla. No se subia á los primeros puestos de la Iglesia y del Estado sino para ser precipitado muy luego de ellos, y casi siempre se pasaba del ministerio al cadalso. Prelados, ministros, validos, todos los que tuvieron parte en la administracion, esto es, en las injusticias y crímenes de sus amos, pagaron con su sangre el peligroso honor de haber gozado por algun tiempo de un crédito que solo ha-